



**Review of / Reseña de: Bruno, Paula, Alexandra Pita y Marina Alvarado. *Embajadoras culturales. Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960*. Rosario: Prohistoria Ediciones, 2021. 166 pp. ISBN: 978-987-809-015-3**

LORENA PAZ LÓPEZ

The Graduate Center, CUNY  
Nueva York, Estados Unidos

[loren.paz.lopez@gmail.com](mailto:loren.paz.lopez@gmail.com)

<https://orcid.org/0000-0002-9103-7145>

¿Cuál fue la agencia de las mujeres latinoamericanas en la vida diplomática de sus países entre 1860 y 1960? Esta es la pregunta principal que el libro *Embajadoras culturales. Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960* coordinado por Paula Bruno trata de responder a lo largo de sus páginas. El volumen es un trabajo relevante y uno de los pioneros que aborda la participación de las mujeres en la diplomacia, un campo desplegado desde hace un par de décadas en Europa y Norteamérica, pero todavía poco explorado en la región latinoamericana. Con el término «embajadoras culturales», acuñado por Bruno y presente en el título del libro, se hace referencia al papel que las mujeres estudiadas ejercieron tanto como mediadoras en la esfera política, como articuladoras de relaciones en el mundo diplomático y como representantes a diferentes niveles de los intereses de sus naciones en el exterior (p. 15).

Para incorporar los estudios de género al ámbito de los estudios diplomáticos estas autoras llevan a cabo dos movimientos principales sobre los que pivota la novedad del enfoque del volumen. Por un lado, amplían la

noción de diplomacia de tal forma que entienden que en el ejercicio de esta «lo personal también es político» y la división entre espacio íntimo o privado y lo público no resulta fructífera para dar cuenta de la labor de las mujeres en la diplomacia (de ahí que en el título esté presente el sintagma «vida diplomática»). Por otro lado, y vinculado a lo anterior, exploran un archivo poco acostumbrado que excede las fuentes institucionales donde encuentran información y datos históricos acerca de las diferentes labores llevadas a cabo por las mujeres en la diplomacia y prestan atención a aspectos poco explorados que ofrecen nuevas perspectivas, como es la relevancia de la performatividad en el ejercicio diplomático. En las dos primeras partes del libro predomina el uso de las fuentes provenientes de la prensa periódica, más concretamente de la crónica social, género discursivo que, como señala Alvarado, resulta fundamental para estudiar las mujeres en la vida diplomática de la época ya que, por un lado, funge como espacio laboral que les permite acceder a un trabajo extradoméstico vinculado con la cultura y la escritura y, por otro lado, es uno de los pocos espacios que dieron cuenta de la presencia de las mujeres en los eventos diplomáticos (p. 105). En la última parte del volumen predomina el archivo de lo privado, con un riguroso examen de la correspondencia personal de las embajadoras que, en palabras de Pita, «revelan los entramados internacionales y permiten detectar redes de y entre diplomáticas y expertas» (p. 130).

El volumen se abre con un estudio preliminar elaborado por Bruno donde se hace una panorámica de la bibliografía existente acerca de los estudios diplomáticos más recientes y, más concretamente, sobre el análisis de la participación de las mujeres en la diplomacia, agrupados en diferentes tendencias que permiten comprender el estado del campo y ofrecen claves de lectura para los capítulos que conforman el libro. *Embajadoras culturales* participa de la línea de pensamiento de la llamada «nueva historia diplomática» –que revisa y trasciende las historias estrictamente institucionales y pone atención en las vivencias de los agentes participantes de tramas internacionales–, dentro de la cual se ha desarrollado la «nueva historia cultural de la diplomacia» que incorpora en sus enfoques los estudios de género. Asimismo, los estudios desarrollados en este libro ponen el acento en los diferentes roles que desempeñaron las mujeres en la vida diplomática, que transitan desde papeles no oficiales como «esposas de» –como el caso

de Guillermina Oliveira César– o el acceso profesionalizado a la actividad –como en el de Gabriela Mistral–. Pero los análisis aquí desarrollados no solamente se ocupan de pensar las oportunidades que los viajes, la posición y el contexto transnacional ofrecieron a estas mujeres, sino que también ponen de relieve las limitaciones y dificultades que –a veces por su género y otras por su nacionalidad– encontraron en sus acercamientos a la esfera diplomática.

En la primera parte de la obra, titulada «Eduarda Mansilla, Guillermina Oliveira César y Ángela Oliveira César. Entre ámbitos diplomáticos y circuitos transnacionales», Bruno analiza cómo estas tres mujeres argentinas vivieron la experiencia diplomática y su relación con los contextos transnacionales proviniendo de una nación todavía reciente cuyo servicio exterior estaba en pleno desarrollo: Eduarda Mansilla y Guillermina Oliveira como esposas de diplomáticos y Ángela Oliveira como participante de acciones católicas cuyas iniciativas devendrían institucionalizadas como símbolo de fraternidad entre naciones. A través de la revisión de un vasto número de crónicas sociales de la prensa de la época y mediante una relectura del canónico texto *Recuerdos de viaje* (1880) de Mansilla y de textos autobiográficos como las memorias del hijo de Mansilla que operan como archivos que contienen información sobre el interior de la vida diplomática, Bruno expone las ventajas y limitaciones que Mansilla y Guillermina experimentaron en sus viajes y actos en el exterior. Estas fuentes permiten dilucidar cómo estas embajadoras diplomáticas fueron vistas y recibidas en el contexto transnacional, cómo los lazos personales podían borrar las distancias culturales, de qué forma cualidades como el carisma, la elegancia o la simpatía tuvieron incidencia en los contextos diplomáticos y qué tipo de redes y contactos supieron tejer durante sus años como agentes de la diplomacia. El caso de Ángela Oliveira le permite a Bruno analizar cómo su iniciativa de emplazar un cristo en la cordillera como símbolo de fraternidad entre Chile y Argentina, poco apoyada a nivel local, alcanza reconocimiento internacional hasta el punto de obtener la nominación al Premio Nobel de la Paz convirtiéndose así en un claro ejemplo de lo que Bruno denomina, siguiendo la terminología de Biltekin, «diplomacia cultural no estatal» (p. 83).

La sección escrita por Alvarado, «Carmen Bascuñán, Emilia Herrera y Amanda Labarca. Entre vínculos familiares, mediaciones y responsabilidades

internacionales», se ocupa de estudiar cómo estas tres mujeres chilenas, antecesoras de Gabriela Mistral, colaboraron en la creación de vínculos entre Chile y otros países, en la articulación de redes de contacto y colaboración con figuras políticas y culturales de relevancia internacional –como el pintor francés Raymond Monvoisin, que retrató a Bascuñán y a Herrera, o los intelectuales argentinos exiliados en el país–. En esta parte Alvarado propone dos términos que resultan fundamentales no solo para entender la problemática de las mujeres chilenas analizadas, sino que devienen fructíferos para pensar en la actividad general de las mujeres en la diplomacia: el concepto «intradiplomacia», entendido como las «estrategias de socialización, legitimación y construcción de redes personales e individuales», y la noción «oficio diplomático» que hace referencia a «las asignaciones adecuadas para ser desempeñadas por las mujeres consortes de quienes encabezan las misiones diplomáticas», entre las que se encuentran, por ejemplo, escribir cartas o recibir invitados (p. 98).

En la tercera y última parte del libro, titulada «Gabriela Mistral, Palma Guillén y Concha Romero. Entre amistades, redes intelectuales y organismos de cooperación», Pita explora la relación entre la diplomática chilena Mistral, y las mexicanas Guillén –primera mexicana en ocupar un cargo diplomático– y Romero –que desarrolló un papel destacado en la Unión Panamericana–. Estas mujeres actuaron como mediadoras a nivel cultural y político entre diferentes regiones americanas y entre Latinoamérica y Europa y Estados Unidos. Las relaciones personales que establecieron entre las tres y con otras mujeres relevantes en la esfera pública del momento, como la argentina Victoria Ocampo o la exiliada española María de Maetzu, repercutieron en el acercamiento y colaboración de sus respectivas naciones. El análisis que Pita realiza basado en la correspondencia privada de estas tres figuras le permite dar cuenta de que, pese a que todas ocupaban cargos diplomáticos oficiales y no eran «esposas de», esto no les garantizó ni un nivel de vida cómodo a nivel económico ni la obtención de cargos de primera categoría. La diplomacia estatal se presentó para estas mujeres como un lugar más hostil que la diplomacia cultural, donde parecían, según el estudio aquí desarrollado, sentirse más cómodas y protegidas.

*Embajadoras culturales* se presenta como un estudio de análisis riguroso, donde se puede apreciar un diálogo y cohesión entre las tres partes que lo

conforman. El ensayo se establece como una lectura de referencia en el incipiente campo de los estudios de mujeres y diplomacia en América Latina tanto por su enfoque novedoso –que hace hincapié en las interrelaciones entre la esfera pública y la privada y en el carácter performativo del oficio diplomático–, como por el archivo consultado –crónica social, correspondencia personal o textos de carácter autobiográfico– y por las nuevas nociones que despliega para entender la amplia y diversa agencia de las mujeres en la vida diplomática de sus países.